

## UNA INTERESANTE EDICIÓN CRÍTICA \*

por J. A. DE ALDAMA, S. I.

La investigación histórica de la teología de los siglos XVI y XVII está apenas comenzada. Y nótese que son los siglos de nuestra preponderancia teológica. Lo que hace urgente esta labor entre los quehaceres de la investigación española.

Una de las mayores dificultades con que tropieza esta tarea es la gran cantidad del material aún inédito y la rareza de ejemplares en las obras ya editadas.

Se necesita editar todavía mucho para preparar una mirada de conjunto que tenga garantías de reproducir la realidad histórica. Y nos referimos no sólo a las mismas obras o tratados teológicos aún inéditos, sino a los informes, memoriales, tesis, cartas y demás material que tanto van sirviendo para esclarecer puntos de controversia y de disputa entre los doctores de aquel tiempo. Tanto más cuanto que la historia de la teología, como toda historia, tiene por fuerza que beneficiarse del pensamiento de autores tenidos hoy por secundarios, pero que alcanzaron la fortuna de sembrar ideas cuyo fruto cosecharon más tarde los autores de primera nota.

Mas no es sólo editar lo inédito. Están haciendo falta buenas ediciones de lo que ya se publicó en aquel tiempo. Ante todo por la rareza y la dificultad con que se tropieza cuando es preciso manejar ciertos autores. Pero además porque hoy precisamos de ediciones mejores y más manejables, y sobre todo que nos den el verdadero texto sin posibles contaminaciones.

En este sentido son beneméritos los trabajos del R. P. Vicente Beltrán de Heredia en sus ediciones de Vitoria y de Báñez, los de los RR. PP. Capuchinos de Padua en su edición de San Lorenzo de Brindis, los de los RR. Padres Benedictinos de Solesmes en la de Juan de Santo Tomás, los del Profesor Stegmüller en su *Geschichte des Molinismus*; por citar sólo los más notables. Y no podemos omitir la mención del Archivo Teológico Granadino, que a lo largo de 17 años nos va dando numerosos textos hasta ahora desconocidos o inéditos de aquellos siglos de nuestro esplendor teológico.

La importancia histórica que tuvo la *Concordia* de Molina hacía ne-

---

\* *Ludovici Molina liberi arbitrii cum gratiae donis, divina praescientia, providentia, praedestinatione et reprobatione concordia*. Editionem criticam curavit IOHANNES RABENECK, S. I. Oniae, Collegium Maximum S. I., 1953. XVI, 90\*, 768 p.; 30 x 22 cm.

"Salmanticensis", 2 (1955).

cesaría una buena edición de la misma. Y esa necesidad se hacía más acuciante por el problema de las varias ediciones que hizo su autor y por la dificultad de encontrar la primera de ellas (y aun la segunda), que resulta del todo imprescindible para la solución de algunos problemas históricos.

Tenemos ante la vista la magnífica edición crítica, hecha por el R. Padre Juan Rabeneck, S. I., con todas las exigencias de la ciencia moderna, que está llamada a servir de grandísima utilidad a los investigadores de la historia de la teología y de la teología misma.

El problema crítico fundamental que había de resolverse en una edición crítica de la *Concordia* era el del texto. Molina hizo en su vida dos ediciones de la *Concordia*: la de Lisboa en 1588 y la de Amberes en 1595. Ambas eran de interés sumo para fijar el texto. Pero además precisaba tener en cuenta la edición de sus *Comentarios* a la primera parte de la Suma en 1591-1592; como se ve, entre las dos ediciones de la *Concordia*. No se crea que se trata tan sólo de la identidad de materia en muchos puntos; es que la *Concordia* nació de los *Comentarios*, y estos conservan grandes trozos de aquella.

En este estado de cosas, era claro que había de preferirse la edición de 1595, última revisada por el autor. Y ese es en realidad el texto que nos da como base de su propia edición el P. Rabeneck. Pero ya hemos indicado que en ocasiones interesa mucho conocer cuál era el pensamiento de Molina en 1588, antes de las variaciones o adiciones introducidas por él en la edición de 1595. El nuevo editor satisface plenamente este deseo, anotando al margen la referencia constante a las tres ediciones mencionadas. La comparación detallada entre ellas está hecha en los Prolegómenos, a los que habrá de recurrir quien desee hacerse cargo en su conjunto de las variaciones introducidas por Molina. Las variantes mismas entre las ediciones de Lisboa, Amberes y los *Comentarios*, las anota cuidadosamente el aparato crítico.

Pero la labor de fijación del texto no se ha reducido a esto. Hay que tener en cuenta que la edición de Amberes estaba llena de erratas, no siempre provenientes del impresor. Unas 370 ha contado el actual editor. La nueva edición crítica corrige esas erratas escrupulosamente, en su máxima parte con la seguridad de poder dar el verdadero pensamiento de Molina. Los prolegómenos dan razón de cada una de esas correcciones. Y es preciso consignar que este trabajo se ha hecho realmente a conciencia.

El nuevo editor se ha preocupado finalmente de hacer más visible externamente el orden interno de la *Concordia*, no siempre fácil de descubrir por el vicio de origen que la misma tenía en este aspecto. Los procedimientos tipográficos utilizados para lograrlo son muy acertados en general. Sólo dudáramos de los títulos puestos ante las siete partes mayores de la *Concordia*. Dichos títulos los creemos del todo necesarios; pero, como añadidos ahora por el editor, hubiéramos creído más oportuno incluirlos en parén-

tesis cuadrados. No basta anotar en los prolegómenos que se han introducido en el texto de Molina.

Como *Suplementos* añade el editor al texto de la *Concordia* tres documentos de capital importancia para su recta inteligencia.

Ante todo el *Apéndice* de la *Concordia*, sacado del Memorial que su autor redactó para la Inquisición portuguesa en los días mismos en que se estaba imprimiendo la discutida obra de Molina, y publicado con muchos ejemplares de ésta en su primera edición. El *Apéndice* no se incluyó en la edición de Amberes; y sólo a través de la edición que hizo Meyer en su historia de las Controversias de Auxiliis pasó a la edición de París. Para la mayor corrección de su texto se ha tenido ahora en cuenta el original del Memorial, conservado en la Biblioteca Vittorio Emanuele de Roma.

El segundo documento editado es la *Apología* de la *Concordia*. Con este nombre un poco equivoco designa el editor una colección de textos de Molina, que pueden ayudar para interpretar bien la *Concordia*. No es propiamente lo que llamó Molina «*Apología*» de la *Concordia*, aunque se le parezca mucho. La *Apología* moliniana la editó ya Stegmüller. Aquí se trata sólo de una selección de textos tomados de diversas partes.

El tercer documento es la *Censura* oficial de la Orden hecha en Roma. Estaba inédita hasta ahora. Se le añade la censura particular de uno de los censores oficiales, que parece ser Belarmino y que ya había sido editada por Le Bachelet. La utilidad de la censura oficial está, entre otras cosas, en que gracias a ella se han podido rectificar no pocos textos de la *Concordia*.

Para el mejor manejo de ésta la ha enriquecido el editor con varios índices. De ellos el primero, que se refiere a las citas de la Sagrada Escritura, no es nuevo, aunque haya sido acrecentado. Tampoco es del todo nuevo el de materias; pero ha sido completamente rehecho por el editor. Entre estos dos índices se han intercalado los siguientes: uno de Concilios y Documentos Pontificios; otro de Santos Padres; un tercero de Teólogos y Filósofos; el cuarto de nombres propios.

Hay que agradecer al editor grandemente la perfección con que están hechos estos índices; sobre todo el de materias, utilísimo. Ellos dan una idea del fuerte elemento positivo que aparece en la *Concordia*, a pesar de ser esta obra eminentemente especulativa. Se inicia así una corriente que tan destacada había de hacerse en los posteriores teólogos jesuitas.

Para acabar de describir la nueva edición de la *Concordia* tenemos que decir una palabra sobre su presentación externa. Y esa palabra tiene que ser de sincera alabanza. La nitidez de la impresión, la claridad de la disposición, la distinción de párrafos, todo contribuye grandemente a hacer más fácil la lectura de una obra nada fácil de leer; y desde luego no desdice en nada de las mejores editoriales.

Tal es en líneas generales la magnífica edición crítica de la *Concordia*

que quisiéramos resultase primicias y modelo de muchas otras ediciones de nuestros grandes teólogos. La teología y su historia se beneficiarían inmensamente con ellas.

Hemos aludido al principio de esta nota a la necesidad de hacer esas ediciones para que se pueda escribir la historia de nuestra teología. Naturalmente eso no basta. Sobre esa base es preciso empezar a trabajar en monografías de autores y de doctrinas, que vayan roturando el campo y abriendo el camino para un trabajo de conjunto. No dudamos que la presente edición crítica dará ocasión e impulso a esas monografías, como ha sucedido ya con la edición de San Lorenzo de Brindis o con la edición goeresiana del Concilio Tridentino.

Sin duda se va trabajando algo en ese campo de la investigación monográfica. Pero queda aún muchísimo por hacer. Proporcionalmente es mucho más lo que se ha hecho en ese orden con referencia a los teólogos de los siglos XIII y XIV, y aún del siglo XII. Estamos convencidos de que el estudio de los teólogos del XVI y del XVII puede traernos inmensos beneficios a nuestra teología actual, si se lleva a cabo con la seriedad científica indispensable en esta clase de trabajos.

La historia de las ideas es siempre fecunda en nuevos progresos de la ciencia. Pero lo es muy especialmente en este mundo nuestro de hoy, en el que la categoría histórica lo llena todo, imponiendo nuevos modos de pensar. Dentro de ese ambiente será sin duda un buen servicio a la ciencia eclesiástica y contribuirá notablemente a la revalorización de la Escolástica, el cultivar con seriedad científica el campo de la historia de nuestra teología postridentina.